



**“El Bautismo es el Documento de Identidad del cristiano” - (Papa Francisco)**



**ESCUELA DIOCESANA de EVANGELIZADORES  
en las UNIDADES PASTORALES**

**CURSO PRIMERO**



**TEMA 2: Identidad Bautismal**

**UNIDAD PASTORAL**



## Introducción.

Identidad bautismal es cómo los cristianos vamos construyendo y reconstruyendo, haciendo crecer la fe personal y eclesialmente en medio del mundo. Teniendo presente la finalidad de la EDEU, es oportuno partir de la vivencia de la fe y su conexión con nuestra identidad cristiana y la credibilidad de los creyentes de modo que suscite en nosotros:

**Reflexión.** ¿Qué es eso de ser creyentes?

**Confesión.** “Y vosotros, ¿quién decís que soy Yo?”

**Testimonio.** Prontos para dar razón de nuestra fe y esperanza.

Estas tres cuestiones vienen planteadas por la realidad de la secularización, el hecho de la indiferencia y/o increencia, y el problema de la transmisión de la fe en la sociedad actual.

Si sirve para que los participantes en la EDEU hagamos memoria consciente de nuestro itinerario bautismal, logremos centrarnos en la identidad cristiana, agradezcamos el don de la fe, la compartamos sinodalmente, la celebremos unidos, la vivamos juntos e invitemos a otros a la fe, habrá cumplido de sobra su cometido.

### 1. El Sacramento del Bautismo: Una identidad en construcción “El bautizo fue cosa de un día; el bautismo es de toda la vida”.

Se han de destacar varios elementos:

- En el sacramento del Bautismo recibimos, por el agua y el Espíritu Santo, **una nueva vida que brota del amor de Dios**. El amor de Dios está en el origen de la fe y es la identidad bautismal.
- **Educación en la fe.** El bautismo no es un rito mágico. Supone la confesión de la fe, y ello exige la responsabilidad de guiar, conducir, encaminar en la fe que profesamos en la Iglesia.
- Estamos llamados a hacerla **crecer de día en día**. El sentido de los tres sacramentos de la iniciación, adquieren aquí su unidad y su despliegue a lo largo de toda la vida.
- **Para que... ame al Señor y al prójimo, como Cristo nos enseña en el evangelio:** es el fin de todo este proceso educativo, de acompañamiento, teniendo como referencia el amor de Cristo.

cristianos en términos de pertenencia a una fraternidad efectiva, congregación de miembros iguales en su dignidad, aunque con ministerios diferentes, de la que todos comenzamos a sentirnos miembros activos y corresponsables. La sinodalidad eclesial es expresión de esa nueva forma de realización de la fe que quiere estrechar y ampliar la comunión en diálogo con todos, abriendo cauces de participación y colaboración en los problemas comunes y el servicio a los más débiles, para llevar a todos la alegría del evangelio.



### Conclusión.

La fe no es algo que se tiene y se conserva. Es una relación vivida con el Misterio que habita el mundo, la vida personal y la historia; relación que se va construyendo con los mismos materiales de la vida y que, a su vez va orientando, estructurando y animando los distintos aspectos y momentos de esa vida. Por eso nuestra identidad de creyentes nunca está perfectamente conseguida; está abierta mientras vivimos a nuevas configuraciones.

### Para la reflexión y el diálogo

¿Qué personas, acontecimientos, medios me han ayudado y me ayudan a hacer crecer la fe día a día.

¿Qué te sugieren estas dos frases: “El justo vive por la fe”; “vivir en Dios para hablar de Dios”?

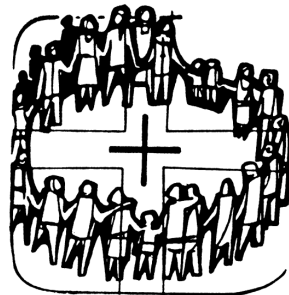
Comentar esta frase: “tú (mundo) tienes el problema, yo (iglesia) tengo la solución”.

¿Cómo invitar hoy a la fe?

Dios no aparece a una mirada dispersa, a un hombre distraído, perdido en el divertimento. El encuentro con Dios, que tiene lugar en el centro mismo de la persona, supone una existencia que camina en ese mismo centro, que supera la identificación de sí mismo con las funciones, las posesiones y los quehaceres; supone una persona que se desnuda de su falso yo, que vive su vida como propia...que se decide a ser, que asume la propia vida y hace de ella un destino personal. Dios no aparece tampoco a la mirada anónima, superficial, del hombre masificado. Dios no aparece a una mirada interesada que sólo se preocupa de la utilidad... ni a una mirada dominadora. Necesitamos un largo tiempo de rehabilitación para lo espiritual, lo personal. Todos estos procesos son disposiciones necesarias; ahora bien, la experiencia de fe culmina o se inicia con la conversión, por la que dejamos de considerarnos el centro de la realidad y aceptamos existir desde ese único centro de la realidad que es el Misterio, sobre el que descansa la totalidad de lo real.

Este caminar mirando con ojos contemplativos, nos va descubriendo que algunas realidades de nuestro mundo, aparentemente inhóspito para la fe, van convirtiéndose en señales y huellas de Dios.

La experiencia de fe nos conduce a la confesión de fe. La necesidad de evangelizar es la consecuencia del hecho de creer. Esa confesión de fe estamos llamados a realizarla con el testimonio, expresión verdadera de una fe confesante.



### 7. La dimensión eclesial de la fe

La fe que es teologal en cuanto a su término – sólo se puede creer en Dios - no puede dejar de ser eclesial en su realización. Hoy la eclesialidad de la fe comienza a ser vivida por muchos

### 2. La fe es creer lo que no vemos.

Para la mayoría de nosotros, nacidos en la segunda mitad del siglo XX, el principio fue el catolicismo practicante con sus luces y sombras. En él, la fe se daba por supuesto. La atención se dirigía a la práctica de la vida cristiana, centrada en el culto, y la preocupación se centraba en estar en “estado” de gracia. Para vivirlo, la formación insistía en un voluntarismo ascético que sabía más de normas que de bienaventuranzas y que pretendía llegar, a veces sin ejercer de creyentes, nada menos que a ser santos. La fe consistía en la adhesión teórica a las verdades que hay que creer y que eran enseñadas por la Iglesia. La fe era pasiva, recibida y heredada más que ejercida activamente, y se centraba en el asentimiento a la doctrina revelada y enseñada. Tenía el peligro de convertirse en creencia.

### 3. Yo creo en ti

La fe no es creer que Dios existe, que Jesucristo es el Hijo de Dios. Es creer en el Dios Padre de nuestro Señor Jesucristo, encontrarse con él. Como dice Benedicto XVI, uno no se hace cristiano por creer en una idea, o por comportamientos éticos sino por el encuentro con Jesucristo. Creer es responder al misterio que en Jesucristo ha vuelto su rostro amoroso a los hombres. Creer es, antes que nada, confiar incondicionalmente: yo creo en ti. De la fe como creencia pasamos a la fe como encuentro; del asentimiento a verdades, a la adhesión personal; del sometimiento a la autoridad, a la confianza en quien se nos revela. Más que argumentos a favor de afirmaciones doctrinales, la Biblia se descubre como el relato de la historia de Dios con los hombres, historia de una alianza, diálogo de salvación que tiene que ver con nuestras vidas y nuestra historia. Así se inician grupos de lectura creyente de la Biblia, los catecismos incorporan esta dimensión de la fe con una catequesis más antropológica.



Descubrimos la fe a través de Jesús, el creyente por excelencia, el iniciador y consumidor de nuestra fe; su vida, sus palabras y sus obras configuran el proyecto de vida cristiana con el evangelio que nos salva y que da plenitud a nuestra existencia.

Esta categoría teológica y humana del encuentro nos ayuda a encajar la fe en las dimensiones de la vida; o mejor a encajar la realidad que vivimos a la luz de la fe, lo que supone una lectura creyente de la realidad y una llamada a comprometernos.

#### 4. Creer es también comprometerse

Los gritos de los pobres nos hacen ver que el encuentro con Jesús, el Señor nos remite al encuentro con los marginados y la acogida de los pequeños. El anuncio del Reino de Dios, las palabras y signos de Jesús suponen un aldabonazo a la credibilidad de nuestra fe. Fe y caridad no son dos órdenes distintos porque *“quien no ama, no conoce a Dios, porque Dios es amor”*.



#### 5. Una fe vivida en régimen de secularidad.

La secularización ha traído una situación de indiferencia. Nuestro lenguaje religioso cada vez tiene menos eco, sobre todo en los jóvenes; nuestras razones no resultan convincentes; la fe, el valor por excelencia para los creyentes, resulta algo que deja insensibles a grupos de personas cada vez más numerosos. A muchos cristianos el clima cultural le resulta irrespirable. Así, se ha propuesto una postura cuasi oficial en la Iglesia de instalarse otra vez frente al mundo para conquistarlo o defendernos de él. Cuan necesario es volver a escuchar y acoger la voz de la Iglesia expresada en el Concilio Vaticano II, de salir sin miedo al mundo para entablar con él relación de diálogo y colaboración, para ser en el mundo semilla del Reino, a pesar de las dificultades.

Este abandono silencioso de muchos creyentes, esta indiferencia cada vez más extendida, esta retirada eclesial, son expresiones

de una crisis de fondo, que tiene manifestación cultural, económica, política, de civilizaciones, de valores... El mundo, el hombre, la iglesia, la fe, están implicadas en ello. En último término, *“los aspectos de la crisis y sus soluciones... requieren una nueva síntesis humanista”* (Benedicto XVI en *Cáritas in veritate*, n.21); una nueva forma de realizar nuestra fe.



#### 6. Hacia una fe confesante

La respuesta satisfactoria al gran desafío de la secularización es dar testimonio de la fe cristiana en un mundo secularizado de tal modo que la realidad de Dios esté en la realidad del mundo.

La novedad consiste en superar la escisión de la realidad en historia del mundo e historia de la salvación, en un mundo de la fe de los días festivos y un mundo indiferente de los días ordinarios. O lo que dice la fe cristiana concierne a nuestra realidad, o la fe cristiana no nos dice absolutamente nada.

La fe no es sólo cosa de la razón. Los grandes místicos nos han enseñado que la fe es siempre fe “experimentada”; hay que disipar el espejismo de situar la experiencia en el terreno de los fenómenos extraordinarios, y la tentación de reducirla a emociones, sentimientos o consuelos interiores. Se trata de la personalización de la fe y la voluntad de pasar de creer que creíamos, a creer efectivamente, a ejercitar la actitud teologal.

La llamada a la experiencia de fe, supone la llamada a la contemplación que comporta la llamada amorosa de Dios desde la que existimos, intentando vivirla para descubrir con los ojos nuevos de la fe el horizonte de transcendencia que envuelve toda la realidad, la profundidad insondable de nuestra interioridad, la condición simbólica de toda la creación, el carácter de signo de los tiempos que poseen todos los acontecimientos de la historia. Esta experiencia de fe exige procesos de iniciación.